



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

## HOMILÍA XII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

23/VI/2024.

Queridos hermanos:

Un gran sacerdote, San Juan María Vianney, declarado por la Iglesia patrono de los párrocos, cuenta que todas las tardes, cuando iba a visitar a Jesús, encontraba en la iglesia a un anciano sentado en un banco y mirando fijamente al sagrario, sin pronunciar ninguna palabra.

Un día le preguntó: Buen hombre ¿qué hace todas las tardes sentado aquí en el banco? Y el anciano dirigiendo sus ojos al sagrario respondió: *“yo lo miro y sé que él también me mira”*.

Ese feligrés tenía una fe tan grande que reconocía la presencia de Jesús en el Sagrario. Las cosas que hace Dios son tan grandes que los hombres no las podemos entender del todo, las creemos por fe, porque así nos lo ha dicho el Señor, quién no puede engañarse ni engañarnos y confiamos en Él.

¿Y qué hacemos nosotros en la Santa Misa todos los domingos? ¿Qué sucede en esta hora en la que estamos reunidos en torno al altar, como Iglesia, como una gran familia?

El sacerdote, en la persona de Jesús, toma el pan y dice: esto es mi cuerpo; toma el vino, y dice: esta es mi sangre. Y se cumple el gran milagro. ¡Qué grande es el poder de Dios! Parece pan y vino, pero es Jesús; tiene sabor de pan y vino, pero es Jesús. Parece que nada ha cambiado, pero es Jesús. Y sobre el altar se hace presente Jesús, bajo las especies de pan y vino; seremos testigos de ese gran milagro. Viene luego a nuestro corazón. Y se queda también en el Sagrario, para que le visitemos cada día y conversemos con Él.

Queridos hermanos, estamos conmemorando el Misterio Pascual, el acontecimiento más importante de nuestra vida, como decimos después de la consagración: *“anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: Ven Señor, Jesús”*. Mientras Cristo viene por segunda vez, se queda con nosotros en este sacramento.

Jesús es fiel a su promesa. Él nos dijo: “Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo”, “nunca los dejaré solos”. Estaré con ustedes, especialmente, en los momentos difíciles, cuando se presenten las tormentas y las crisis en nuestra vida personal, familiar y profesional. Y esto nos debe dar una gran tranquilidad para no recibir el reproche que Jesús les dio a los apóstoles: ¿por qué tienen tanto miedo? ¿Aún no tienen fe?

Ha sido proclamado el relato de la tempestad calmada en el Evangelio. De este acontecimiento de la vida de Jesús, podemos sacar unas enseñanzas que nos pueden ayudar en nuestra vida cristiana.

Nosotros, todos los que hemos sido bautizados, estamos en una barca, que es la Iglesia. El Señor siempre nos invita a ir a la otra orilla, a mirar más allá, a no conformarnos ni ser mediocres, a pensar en las cosas de allá arriba, donde está Él. Como decían los sabios “para mayores realidades hemos sido hechos”, “*ad maiori nati sumus*”, o como dicen en la aviación: *plus ultra, plus ultra*: más allá, más allá.

En este viaje, tenemos momentos de tranquilidad, recreación; pero también momentos difíciles, de peligro y desesperanza. La vida está llena de tormentas; también la familia, el corazón de cada uno de nosotros y la misma Iglesia.

Pero hay una cosa cierta: en ambos momentos, Jesús nunca se baja de la barca, nos acompaña, nos fortalece, nos protege y nos acompaña, aunque parece que está durmiendo. Para dormir tranquilamente en una barca durante una tormenta, se necesita un excepcional equilibrio psíquico y un gran cansancio.

Cuando vienen las tormentas a nuestras vidas, podemos proceder de dos modos:

1. Creernos que somos omnipotentes, sudar, echar remo, sacar agua, fatigarnos hasta el extremo y hundirnos sin remedio. Es una actitud racionalista.

2. Reconocernos débiles y “despertar” a Jesús, y suplicarle que venga en nuestra ayuda y defensa. Confiar en la Palabra de Dios, que dice: “*sin mí no pueden hacer nada*”, en “*Cristo, somos más que vencedores*”, “*todo lo puedo en Cristo que nos fortalece*”. Es una actitud de fe, de convicción en las cosas que no se ven.

Y el Señor reprocha a sus apóstoles su falta de fe y su cobardía: ¿por qué son tan cobardes? ¿Aún no tienen fe? Se les ha olvidado a los apóstoles, como se nos olvida también a nosotros, que Jesús es el Emmanuel, Dios con nosotros, que no es un Dios lejano. Es el Buen Pastor, es la roca y salvación.

Una cosa es cierta: cuando Dios permite que lleguen tempestades a nuestra vida, no es para dejarnos caer y morir, sino para fortalecer nuestra voluntad, purificar nuestra fe, aumentar nuestros méritos para el cielo y para recordarnos siempre, que solos no podemos hacer nada.

Se cuenta de Santa Catalina que se quejó, fuertemente, ante el Señor, porque pensó que el Señor la había dejado sola en un momento que atravesaba una fuerte tentación, y le dijo “*¿Jesús dónde te fuiste en ese momento tan difícil para mí?*”. Y el Señor, le respondió: “*Yo no me aleje de ti. Estaba contemplando tus luchas y dándote fuerza para que no te dejarás vencer. Nunca estuve más cerca de ti que es esos momentos*”.

En los momentos más difíciles de nuestras vidas, en los momentos de tentación y lucha espiritual, debemos recordar aquella promesa de la Biblia: “*clamarás a tu Dios y Él te responderá. Lllamarás en tu ayuda al Señor y Él te dirá: “aquí estoy”*” (Is 58, 9).

Voy a ilustrar todo lo que he dicho antes con una antigua leyenda. Dice esa leyenda que, viajando Jesús con sus apóstoles por Galilea, se encontraron tres carretas llenas de bultos, paradas en el camino, en medio de mucho barro. El que dirigía la primera carreta se había dedicado a rezar para poder sacarla de allí, pero no hacía nada por sacarla. El conductor de la segunda carreta estaba sudando, tratando de empujar la carreta, pero no rezaba ni pedía ayuda a Dios. En cambio, el dueño de la tercera carreta, se esforzaba con todas las fuerzas por sacarla, pero mientras tanto rezaba, con fervor, pidiendo a Dios que le ayudara a salir de aquel mal momento.

Los apóstoles le preguntaron a Jesús: ¿a cuál de los tres ayudamos?, y el Señor respondió:

- Al primero, no, porque solamente reza sin esforzarse ni poner de su parte ningún trabajo.
- Al segundo, tampoco, porque solamente se esfuerza y trabaja, pero no reza ni pide ayuda a Dios.
- Ayudemos al tercero, porque hace lo que puede y reza a Dios para que le ayude.

En nuestros momentos difíciles, ojalá que imitemos al tercer conductor. Jesús nos espera en el Sagrario cada día: quiere escucharnos y hablarnos. Tenemos que visitarlo; no lo dejemos solo. Cuando arrecian las dificultades, cuando nos agobia el peso de nuestra conciencia, cuando nos sentimos que no podemos más, recordemos lo que Él nos prometió: *“Vengan a mí los que van cansados, llevando pesadas cargas y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy paciente y humilde de corazón, y sus almas encontrarán descanso. Pues mi yugo es suave y mi carga liviana”* (Mt 11, 28-30).

Como dice la sabiduría popular: Haz lo que puedas y pide a Dios todo lo demás. Es lo que hicieron los apóstoles en la noche de la tempestad: remaron, sacaron agua de la barca y llamaron a Jesús. Así sea.

+   
\*Ángel Francisco Caraballo Fermín  
Obispo de Cabimas

